

que no cuento nunca nada. Con los amigos hago algunas excepciones, no muchas.

– *¿Por eso no ha escrito sus memorias?*

– Sí que se me ocurrió escribirlas, e incluso hice algunos intentos, pero no encontré el tono. Por ejemplo, me parece que sería difícil hablar de mi infancia durante la Guerra Civil con distancia, como requiere la escritura, sin incurrir en el patetismo. Eso lo hace muy bien mi amigo Paco Taibo, que tiene un libro maravilloso que se titula *Para parar las aguas del olvido*, donde habla de nuestra infancia en Oviedo en plena Guerra Civil y encuentra un tono muy agradable, preciso, de una limpieza ejemplar, en mi opinión. Y, aparte de eso, mentiría si no reconociese que tampoco he escrito una autobiografía porque realmente no quiero hablar de mí. Ésas son historias que o encuentras el tono que encontró Taibo o, de lo contrario, si las conviertes en literatura, malo, y si no las conviertes en literatura, peor.

– *¿Es usted pudoroso?*

– Sí, soy bastante pudoroso, pero es que además todo lo que yo pudiera contar se sabe ya, está contado de muchas maneras y por muchos escritores. Y yo alguna vez me he sentido tentado y me han empujado a ello, pero he desistido de la idea.

– *Podría haber buscado ese tono en su propia poesía, donde hay muy poco patetismo.*

– Claro, en la poesía sí creo haber conseguido eso, distanciarme, hablar de las cosas más íntimas, como dices, sin patetismo. Realmente mi biografía está en mis poemas. Y está bastante clara, creo yo. ¿Para qué escribir en prosa lo que ya has escrito en verso?

– *Quién sabe si la ironía característica de una parte de su poesía no esté en el hecho de ser asturiano, como usted suele argumentar, sino que sea una salida de emergencia, un atajo que se ha buscado para no hablar a cara descubierta de ciertas cosas.*

– Bueno, la ironía, que en un principio fue un arma contra la censura, se acabó convirtiendo en una forma de reflejar la ambi-

---

**«Mentiría si no reconociese que  
no he escrito una autobiografía porque  
realmente no quiero hablar de mí»**

güedad de las cosas, la ambigüedad del mundo, que es así y es al revés, porque las cosas son de una forma y también de la contraria. Y eso sólo se puede dar con el escepticismo tal y como yo lo entiendo, con un fondo de ilusión o de esperanza. El mundo es ambiguo y la ironía permite reflejarlo así, porque es también ambigua.

– *Vivir sin esperanza pero con convencimiento, como manda uno de sus títulos más celebrados...*

– Primero escribí el poema y luego me di cuenta de que ahí estaba el título del libro. Sin esperanza en lo que se refiere a mi vida personal; con convencimiento en cuanto a lo que podríamos llamar el progreso de la Historia.

– *Es un libro que escribí a finales de los cincuenta.*

– Sí, en unos momentos en que yo tenía fe en la marcha de la Historia, sobre todo cuando estaba en el Partido Comunista, porque entonces pensábamos que la situación era tan mala que no cabía duda de que las cosas iban a cambiar para mejor. Pero en cambio mi vida personal estaba ya destruida. Yo entonces ya veía que lo que había soñado, pensado o idealizado, en mí no se iba a realizar. Ya no era posible realizar el sueño de tener una vida digna. No como poeta, sino como persona.

– *¿Por qué?*

– Yo mi vida ya la consideraba, en cierto modo, perdida. La Guerra Civil para mí supuso un cambio interior profundo, me llevó a la desmoralización y al descreimiento. Todo lo que me habían enseñado en casa, que en ese aspecto era un hogar de personas optimistas, se vino abajo: «Hay que portarse bien porque eso basta. No hay que esperar ninguna recompensa fuera de este mundo, sino sólo comportarse correctamente y ser honesto.» Entonces me di cuenta de que no era así, de ningún modo, y eso supuso una grave decepción e incluso una pérdida de valores morales. Yo aprendí entonces a hacer trampas, a mentir, y desde entonces nunca he dejado de hacerlo. En ocasiones, la vida te ponía cosas agradables entre las manos, pero incluso entonces uno casi sentía que ser feliz era una traición.

---

**«En la guerra aprendí a mentir  
y desde entonces nunca he dejado  
de hacerlo»**

– Pero ¿y la felicidad personal, la que necesitaría, sin duda, para escribir tantos poemas de amor memorables?

– La felicidad personal la sentía en muchos momentos, pero como te digo, en lo demás yo me desmoralicé por completo, perdí todos los valores morales que me habían inculcado en casa antes de la guerra y entonces me acostumbré a mentir. Desde entonces no doy casi nunca un dato verdadero de mi estatus social, por poner un ejemplo. Así que cuando me preguntan dónde vive usted, yo trato de dar una dirección falsa. Eso se me ha quedado, la costumbre de mentir y el intento continuado de tratar de aprovecharme de todos los resquicios que tuviera a mano, fueran o no moralmente lícitos. Una estrategia de supervivencia que todavía me queda.

– En esta serie de entrevistas suelo incluir una pregunta «prestada» por otro escritor. Javier Marías, a quien entrevisté en el número anterior, quiso preguntarle sí, como lector, no ha encontrado en ocasiones en la prosa narrativa momentos de altura poética incluso mayores que en la propia poesía.

– Sí, por supuesto. De hecho, su último libro, el tercer volumen de *Tu rostro mañana*, que acabo de terminar y que me parece su mejor novela, está lleno de momentos muy poéticos.

Hasta aquí llega la grabación de aquella mañana. Cuando nos despedimos, fue para citarnos en otro momento y acabar la entrevista. Pero eso ya no fue posible. Ángel González tuvo una crisis respiratoria, muy parecida a las que había padecido en los últimos tiempos, y su mujer y algunos amigos, que habían quedado con él, como tantas veces, para cenar cerca de su casa, lo llevaron al hospital. No parecía nada grave, como dice el título del que será su libro póstumo. Pero esta vez, todos se equivocaron y el poeta cerró sus ojos –esos con los que solía opinar en silencio– para siempre. Seguramente tiene razón y a todas las preguntas que pudiera haberle hecho ya ha dado una respuesta en sus poemas.

---

**«Me queda la costumbre de mentir  
y el tratar de aprovecharme de  
todos los resquicios que tuviera a mano»**

Lo van a comprobar, ahora y en el futuro, los muchísimos admiradores de la obra de Ángel González, que sigue tan viva como siempre ©